

LA FORTIFICACIÓN ESPAÑOLA EN CUBA SIGLOS XVI-XIX

Antonio RAMOS ZÚÑIGA

ATRIO 5 (1993). Págs. 49-64

Introducción

Cuba fue uno de los grandes emporios de la fortificación española en América, condición mantenida en cuanto a riqueza monumental conservada. Pervive el conjunto habanero con mayor representatividad de inmuebles y estilos, por lo que la UNESCO lo acreditó para el joyero del patrimonio mundial, pero toda la Isla estaba constelada de defensas, en puertos, apartados litorales y el hinterland, donde subsisten centenares de esos pintorescos y sugestivos exponentes que la gente les sigue llamando "los fuertes de los tiempos de España".

De 1512 a 1898 duró la sostenida fortificación de Cuba en virtud de su principalísima infabilidad estratégica a escala continental, aunque las mayores inversiones monárquicas privilegiaron siempre a La Habana, capital desde 1607, calificada con acierto como "Llave del Nuevo Mundo y antemural de las Indias Occidentales", por mucho tiempo considerada como sinónimo de Cuba. Hemos podido dar fe de la prodigalidad de la construcción militar en la Isla al contabilizar, solamente entre 1513 a 1868, una cifra de 121 fortificaciones, excluyendo obras temporeras. De 1868 a 1898 la cifra se triplica con el auge de las obras de campaña, las trochas o líneas militares y con el vastísimo Frente marítimo y Campo atrincherado de La Habana, período actualmente en estudio. Por lo anterior, tal vez no es una afirmación infundada meritara a Cuba como el país más fortificado de Hispanoamérica, por su status geoestratégico insular especial y por ser el territorio —junto con Puerto Rico— donde la dominación hispana se dilató más, alcanzando 1898, lo cual permitió un crecimiento cuantitativo considerable y la implantación de nuevos tipos y

sistemas defensivos. De 1896 a 1898, por ejemplo, la plaza de La Habana se convirtió en el "más completo tipo de organización defensiva que España puede mostrar en los tiempos modernos"¹.

Daremos a conocer, pues, más de tres siglos de arquitectura militar hispano-cubana, la variedad, belleza y originalidad de un grandioso repertorio de castillos, fuertes, murallas, baterías, torreones y otras obras de defensa, cuyas nobles presencias monumentales evocan un pasado guerrero memorable y enriquecen el acervo presente y futuro.

Cuba: llave geoestratégica del Caribe

La salvaguarda del imperio colonial americano—más que todo arcano de nutrientes económicos— era el fundamento de la estrategia político-militar de las coronas españolas y originaría la actividad constructiva de fortalezas, intensificada en distintas épocas a medida que aumentaba el enconamiento geopolítico internacional. Las fábricas militares se erigían en áreas vitales de expansión conquistadora y de explotación y exportación económica, primero para repeler a la indiada rebelde y asentar poblamientos y soberanía; y después de 1521 para enfrentar el desafío de los enemigos europeos (Francia, Inglaterra y Holanda), excluidos de un exuberante monopolio comercial y territorial que intentaron conquistar mediante una escalada militar sin precedentes recurriendo al corso y la piratería y, en su momento, a la ocupación invasora, decididamente en la segunda mitad del siglo XVII.

Durante los siglos XVI y XVII las guerras europeas de Francia, Inglaterra y Holanda con España adquirieron una particular viven-

cia bélica en los mares y ribera caribeñas. Las expediciones corsarias suscitaban temores, expectativas y vandalismos. El saqueo de flotas y poblaciones por piratas famosos formará parte de la historia y la leyenda americana. La primera agresión francesa a La Habana fue en 1537. En 1555, el Capitán Jacques de Sores rinde la fortaleza y arrasa a la villa. El tránsito por América de Hawkins, Frobisher, Morgan y, especialmente, el célebrimo Francis Drake, representaron la rivalidad más temida, sistemática y sentida y provocará grandes cambios en la geopolítica española hacia su imperio indiano en materia de fortificación y defensa. En el último cuarto del XVI la metrópoli responderá a la presencia cada vez más hegemónica de Inglaterra en las rutas ultramarinas, no ya con su poderío naval —perdido después de la devacle de la Armada Invencible en 1588—, sino con la capacidad disuasiva y ofensiva de las obras de fortificación y la artillería. Los castillos, fuertes y baterías surgidos entonces evidencian la extraordinaria magnitud del plan auspiciado por Felipe II para garantizar la seguridad de las principales "llaves" y "pórticos" (enclaves estratégicos) en los territorios indios. Así advino la primera época de oro de la fortificación permanente en América o "Primer plan defensivo del Caribe" —como lo definiera Angulo Íñiguez—, de regionalización fundamentalmente caribeña, encargado al ingeniero militar italiano Bautista Antonelli y al maestre de campo Juan de Tejeda, bajo la supervisión del ingeniero mayor de la corte Tiburcio Spanoqui, de lo cual devino la fortificación de La Habana, Cartagena de Indias, San Juan de Ulúa, San Juan de Puerto Rico, Nombre de Dios, Portobelo, Chagre y proyectos irrealizados como el del amurallamiento moderno de Santo Domingo.

Como lo demostraron los hechos ulteriores, las nuevas fortificaciones aseguraron la conservación de las mencionadas "llaves" por un tiempo. Pero a mediados del XVIII la correlación de fuerzas seguía afectando la primacía militar española, favorecidas las potencias adversarias —a partir de la segunda década del XVII— con la ocupación de territorios despojados al imperio y convertidos en bases perturbadoras de la estabilidad comercial, en avanzadas militares y centros de contrabando (Jamaica, parte occidental de Santo Domingo, y las llamadas "islas inútiles" o Antillas Menores). En 1762, incluso, una poderosa armada británica ocuparía La Habana para devolverla a cambio de La Florida.

La respuesta española a los nuevos tiempos fue perfeccionar la estrategia defensiva multiplicando el sistema de fortalezas. Con la presencia en La Habana del mariscal de campo Alejandro O'Reilly y de los ingenieros Silvestre Abarca y Agustín Crame, en 1763, sobrevino el segundo período dorado de la fortificación hispano-americana. Lo que ha llamado acertadamente el historiador Zapatero "Segundo Plan defensivo del Caribe" tuvo brillante primicia en la capital de Cuba. Un Real Decreto de Carlos III de 25 de septiembre de 1765 propugnó el nuevo reordenamiento defensivo en una extensión desde la Guayana hasta La Florida, pero la culminación de estos primeros esfuerzos será la implementación de un plan más desarrollado encomendado al Brigadier de Infantería e Ingeniero Agustín Crame, designado "Visitador General de las Fortificaciones de América", y realizado entre 1777 y 1779². Potenciada la defensa de los dominios, los pueblos resguardados proseguirán nutriendo su propia identidad. Con razón se ha dicho que a la sombra de las fortalezas nacieron y florecieron las naciones



La Habana. Castillo de la Fuerza. 1558-1577.

hispanoamericanas³; de este modo, las fortificaciones expresan una visión peculiar de la génesis del destino sociopolítico americano en los tiempos modernos. Un último período importante de la fortificación hispana en América corresponderá únicamente a Cuba, a finales del siglo XIX. Las realizaciones tipológicas de la fortificación de campaña, desde 1868, constituyen además otra importante contribución española a la historia de la arquitectura militar de todos los tiempos.

De todos los puertos y poblaciones cubanos, La Habana será el de máximo desarrollo de su sistema de fortificaciones, a partir de 1539. Por eso, en distintos estadios de su devenir castrense por más de tres centurias contará con las obras más perfectas, relevantes y tipificadoras, en correspondencia con su jerarquía geográfica y los grados de especialización funcional que va asumiendo periódicamente: desde centro estacional de flotas y tesoros que derrotan a España hasta su progresiva conversión en centro político y comercial reconocido por su importancia intrín-

seca, incluyendo el hecho de alcanzar en ciertas etapas una capacidad autosuficiente para fabricar cañones y desplegar una industria naval.

En un documento de la segunda mitad del siglo XVI, se destaca que "La Havana es la llave y Puerto principal de todas las Yndias por estar en el embocamiento de la canal para venir a estos Reynos a donde todas las flotas suelen hazer escala..."⁴. En mapas de la época, como el de Mercator (1606) el puerto es aludido como el más célebre de las Indias Occidentales. Es decir, que por dominar el estrecho de la Florida y el acceso al Seno mexicano y dada su posición clave como muelle de reunión de flotas en la apertura ruter del Atlántico, para la Corona siempre quedó decidido que la protección del puerto habanero era una ineludible cuestión estatal, de ahí la prioridad que tuvo Cuba en la planificación de los costosos esquemas defensivos. Sin embargo, la protección integral de la ínsula obligó—por imperativos económicos y estratégicos— a la generalización paulatina de la defensa costera con el consiguiente crecimiento de las fortificaciones localizables en otros puertos (Santiago de Cuba, Matanzas, Jagua, Baracoa, Mariel, etc.).

Evolución de la estructura defensiva insular

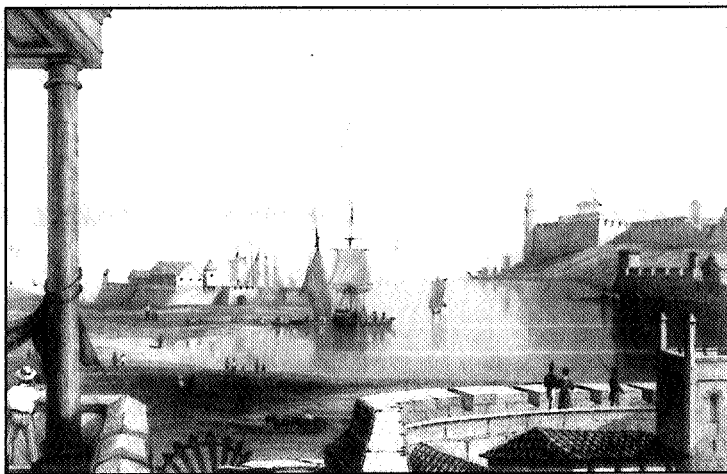
El proceso de estructuración defensiva insular evolucionará, progresivamente, desde la dimensión espacial puntual y local hasta una escala periférica macroterritorial, incluyendo la organización de sistemas complejos, tanto en las costas como en el interior. Hasta 1868 predominará la fortificación portuaria y costanera. Entre 1868 y 1898 surgirán las

defensas interiores antiseparatistas. De 1896 hasta 1898 resurgirá la fortificación periférica, aunque limitada a algunas ciudades-puertos mayores (Habana, Santiago de Cuba, Matanzas y Cienfuegos). Los 386 años de fortificación en Cuba, tentativamente periodizados, a partir de circunstancias históricas, geopolíticas, económicas, militares, etc., permitirán comprender mejor el proceso antes mencionado y el verdadero carácter de la poliorcética y de las variables tipológicas.

Primer período: Siglos XVI-XVII. Fortificación de los únicos dos puertos activamente habilitados de la Isla: La Habana, que posee su primera fortaleza en 1540; y Santiago de Cuba, mediocrementemente defendido por un fortín en 1516 y por una obra de madera y tierra en 1545, que tiene sus mejores fortalezas desde 1639. Ambas plazas polarizan la defensa de Cuba en esta época, aunque la Corona prioriza La Habana por constituir la escala de las flotas en la frontera estratégica del norte caribeño⁵.

Concretamente en este período hay dos etapas: formación del sistema defensivo habanero, entre los años 1540 y 1589; y la construcción del sistema santiaguero, de 1639 a 1669. Hasta 1763 estos puertos agregan unas pocas defensas a las ya existentes, aunque La Habana levantará la más grande fortificación del país: el recinto amurallado, en el siglo XVII. Las fortificaciones erigidas en este período responderán a una estrategia de defensa interna portuaria, cuyos objetivos serán la protección de las flotas en el caso de La Habana, y el resguardo de la población y del frente sur caribeño muy expuesto al peligro foráneo en cuanto a Santiago.

glo XVIII hasta 1797. Está compulsado por unos convulsos cien años de "Guerra del Caribe"⁶: guerras de la Sucesión (1701-1713), del Asiento o de la Oreja de Jenkins (1739-1748), del Tercer Pacto de Familia (1762-1763 y 1779-1783) y la desatada por la alianza franco-hispana (1796). El Caribe es involucrado en el espacio bélico europeo. En este período se inicia el ensanchamiento de la estructura defensiva periférica con la fortificación de puertos mayores y menores, en reconocimiento a la importancia estratégica de su localización y función. Surgen nuevas fortificaciones en Matanzas, Jagua, Baracoa, Trinidad y Santiago de Cuba. También en este período fuerzas inglesas ocupan dos puertos de Cuba: Guantánamo (1741) y La Habana (1762), lo cual demostró que la construcción de obras fuertes y la mayor extensión territorial defensiva hacia puntos alejados de los grandes centros gubernativos (La Habana y Santiago de Cuba) de las regiones occidental y oriental tenía fundados imperativos estratégicos. Jagua se fortifica atendiendo incluso a una previsión de poblamiento dispuesta por el gobernador Manzaneda, en 1690, el mismo que fundara la ciudad de Matanzas en 1693. El control de la ruta estratégica del canal viejo de Bahamas aumentará el valor militar y comercial de la ciudad de Baracoa, donde radicaba un puesto de pilotos prácticos destinado a guiar las flotas a La Habana. El puerto de Casilda también inició su ciclo franco de fortificación permanente como resultado del desenvolvimiento final de la guerra de 1796. Todo el sur de Santiago de Cuba (bahía exterior) conformará un gran frente defensivo que afianzará el sistema interno del puerto (fortificaciones a Barlovento y Sotavento: Juraguacito, Juraguá, Cabañas, Guaicabón, Dajaguayabo y Aserradero). La



Anónimo. Puerto de La Habana. Siglo XIX.

Habana buscará la autosuficiencia estratégica en la dinámica de una cintura de fuertes flanqueantes avanzados, externos al recinto por la parte terrestre y en la utilización de un ejército operacional, renovando asimismo las viejas defensas y sumando otras que consolidarán la estructura iniciada en el siglo XVI. El frente abaluartado permanente moderno —desarrollado en el primer período con magníficos ejemplos: la Fuerza, el Morro, la Punta— alcanzará ahora su definitivo esplendor con las fortalezas de La Cabaña y El Príncipe, entre las más conspicuas de América colonial, si bien el nuevo pensamiento táctico-estratégico empezó a verificar desde entonces las ventajas de fortificar con baterías, trincheras y reductos, aunque en realidad algunas de estas baterías parecerán verdaderos "castillos" y así se les denominará en razón del porte y la dominación, como lo ejemplifica Atarés, en La Habana.

Erradicada oficialmente la piratería por la Paz de Ryswick, en 1697, las fortificaciones originadas en este segundo período, no sólo

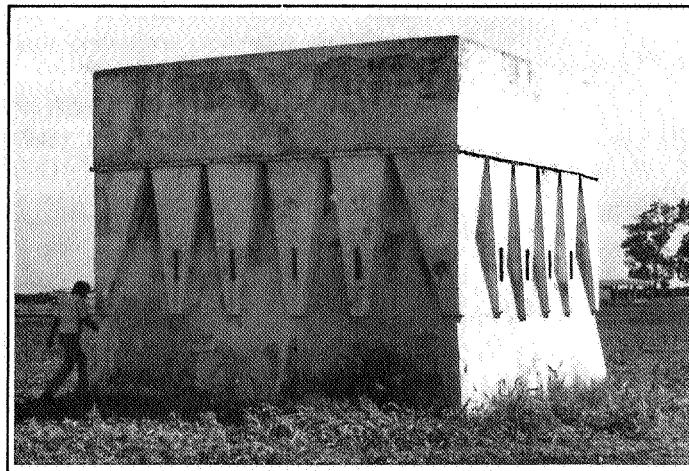
constituyeron una posibilidad protectora contra cualquier tentativa invasora, sino que servirían como sistemas de vigilancia y represión de la creciente actividad de contrabando, tan frecuente en las costas, surgideros y playas inmediatas a las poblaciones interiores.

Este segundo período comprende además dos etapas; la anterior a la Toma de La Habana por los ingleses (1762) caracterizada por la creación de nuevos sistemas defensivos (Matanzas, Jagua, Baracoa) y la complementación de las defensas de La Habana y Santiago. Y la etapa correspondiente a la modernización y ampliación de los sistemas complejos de La Habana y Santiago (posterior a 1762) en la que cobran relieve nuevas doctrinas de fortificación y sobresalen los nombres de Abarca, Crame y Luis Huet.

Tercer período: 1797-1868. La tendencia de la fundación de fortificaciones está identificada por resortes estratégicos que no son sólo exógenos derivados de la geopolítica imperial y de las guerras europeas transplantadas a América, al surgir problemáticas internas específicas. Paulatinamente, desde 1765 hasta 1818, cesarán las restricciones del comercio monopolista tradicional, lo que propiciará circunstancias económicas, político-militares y hasta demográficas determinantes en la expansión de la defensa territorial. Se promoverán defensas con el fin de apoyar el movimiento colonizador hacia la periferia del país debido al gran alcance espacial de las explotaciones agrícolas entre 1790 y 1837; ello implicó de hecho la apertura de nuevos puertos para facilitar la salida de la producción interna comercial y para el establecimiento de centros urbanos periféricos. La estabilidad del cabotaje y de los surgentes núcleos poblacionales depende-

rá de las fortificaciones y de la capacidad de éstas para interferir el contrabando y la piratería. Ya no se trata sólo de salvaguardar la integridad político-territorial de la colonia, sino también de defender los intereses particulares de la aristocracia local en las áreas de desarrollo de los cultivos comerciales ligadas a una economía de plantación en pleno boom. No es casual que fueran precisamente los hacendados cubanos, actuando en el marco de la Junta de Gobierno del Consulado de La Habana, en febrero 8 de 1797, los promotores de "edificar torreones en los principales ríos y surgideros de la Costa para el resguardo de los barcos surtos en ella y de las Haciendas circunvecinas"⁷.

En su mayor parte se construyeron fortificaciones costeadas por la iniciativa particular (vecinos y hacendados), como fueron los torreones de Boca de Jaruco (1797), Banes, Guajaibón y Mariel (1798), Cabañas (1801) y la Batería de Gibara (1818), etc., aunque en el caso de las baterías de costa —que son numerosas— el gobierno tuvo participación presupuestal y técnica. En 1799 los torreones pasaron a formar parte del Plan general de defensa y el artillado de los mismos lo proporcionó la marina. Estos torreones se levantaron principalmente en la región costera noroccidental, a barlovento y sotavento de la ciudad de La Habana, por ser donde primero se desarrollaron las grandes zonas productoras. Posteriormente, muchos torreones serían asimilados por las baterías de costa como elementos complementarios de un esquema táctico más funcional, como pasó con los torreones de Jaruco, Reina Amalia, Nuevitás; o quedaron aislados por razones de emplazamiento (Mariel, El Rosario, Banes, Guajaibón y Mosquitos). Estos torreones tenían antecedentes en períodos previos: San Lázaro,



Ciego de Avila. Fortín de la Trocha de Júcaro a Morón.

Morro, Bacuranao y Marianao, en La Habana; Morrillo y Sabanilla, en el puerto de Matanzas. Cojimar y La Chorrera, en La Habana, aunque se les denomina torreones o torres, técnicamente son reductos.

La proliferación de torreones, de planta circular, pero principalmente la gran multiplicación de baterías costeras, de frentes curvos o semicirculares, con parapetos a barbata, es lo que distingue este tercer período. Esta distinción se deberá a factores geográficos y económicos específicos de la realidad insular y a nuevos criterios tácticos y técnicos emanados de los avances de la táctica ofensiva. La opción de la batería hará factible la defensa extensiva de la periferia marítima sin grandes problemas de viabilidad financiera como sucedía cuando se planteaban los costos de fortificación de una plaza fuerte con soluciones abaluartadas. Económica, morfológicamente sencilla y combativamente eficaz, adaptable a cualquier terreno, la batería alcanzó en América su máxima expresión constructiva, técnica y artística como en nin-

guna otra parte del mundo⁸.

Hasta 1868 la batería es el tipo de fortificación más construido en Cuba: 48 obras (1 en el s. XVI; 5 en el XVII; 20 en el XVIII; y 22 en el XIX, hasta 1848). A partir de esta última fecha, la batería fue prácticamente la única defensa de costa adoptada. La similitud de diseños entre los ejemplos de Cuba y del resto del Caribe también denota que la singularidad formal y la repetición en la tipología básica resultan un común denominador, netamente americano, condicionado por la interacción cultural y los factores tácticos y geomorfológicos. En el siglo XIX la tendencia a fortificar con baterías prevalecía como resultante de los nuevos retos destructivos del arte militar.

Cuarto período: de 1868-1898. Vinculado a la Guerra de Independencia de Cuba y a la entrada en el conflicto de los Estados Unidos. Es el de mayor profusión de obras de campaña de diferentes denominaciones y trazados, algunas de ellas excepcionales por



Santiago de Cuba. Fortaleza del Morro. Juan Bautista Antonelli.

la ingeniosa ruptura de los cánones en una época signada por reglamentaciones facultativas más estrictas⁹. El teatro bélico alejado de las costas trasladará la construcción militar al interior de Cuba. España levantará fortines y blockhaus en los campos, poblaciones, fincas, industrias y hasta en los campos de batalla, donde florecerá la castramentación provisional; fortificó iglesias, edificios públicos, casas, y atrincheró las calles de los poblados. Poblaciones costeras como Puerto Padre, Santa Cruz del Sur, Batabanó, San Miguel de Nuevitas y otras cerraron la parte de tierra con empalizadas y líneas de fortines en los intervalos. Gibara cercará la población con una muralla no abaluartada de mampostería. Se establecieron "trochas" o líneas militares (Júcaro-Morón, San Miguel-La Zanja, Mariel-Majana, etc.). La más famosa, la de Júcaro a Morón, construida en 1871 y refortificada en 1896, dividió la Isla en dos regiones estratégicas a lo largo de 68 Kms. y contaba con 68 torres-fortines, 67 blockhaus y 401 puestos atrincherados de escucha, además de alambradas y otros obstáculos. La mayoría de los fortines se conservan actualmente. Poblaciones como Sancti Spiritus tenía 15 fortines, en 1895; Holguín se defendía con 12 fuertes, en 1880. Los poblados pequeños tenían dos o más torreones y estacadas circunvalantes.

Un ejemplo de este cuantioso despliegue defensivo fue el Campo atrincherado de La Habana dotado de unas 30 fortificaciones por la parte del Frente Marítimo y más de 34 posiciones defensivas por el Frente Terrestre. Este período culminó, justamente, en 1896-1898, que es una etapa postrera de renacimiento de la defensa de costa ante la peligrosa Armada norteamericana. Se introdujo la nueva estrategia basada en la dispersión de las obras, el fuerte-batería de perfil "enterrado" y en el

papel protagónico del cañón de largo alcance, y las viejas concepciones de la teoría defensiva quedarán a la zaga por los nuevos retos de la guerra moderna y la balística de alto explosivo.

Durante la Guerra del 68, la región oriental será la más fortificada. Después de 1895, la edificación de combate abarcará todo el país y la geografía militar devino un fenómeno totalizador (urbano, rural y costero). La Habana, bloqueada por mar y tierra casi a fines del XIX capitalizará los más grandes gastos en la rama militar. Al cesar toda actividad constructiva, en 1898, habrá finalizado el ciclo histórico de la fortificación colonial en Cuba.

Tipos de fortificaciones

Las razones que explican el origen de los enunciados por Zapatero como "Escuela de fortificación hispanoamericana"¹⁰, en general son formativas de la arquitectura defensiva en Cuba. Los rasgos definidores de una línea de tipicidad americana se pueden resumir del siguiente modo: adopción de tipologías funcionales acomodadas al contexto geofísico y derivadas de exigencias tácticas y estratégicas específicas; rupturas formales y morfométricas con reformulación de máximas y cánones; aparición de figuras "libres", soluciones locales y simbióticas, proclividad a la traza irregular y acomodación volumétrica; incidencia de factores políticos, económicos, ambientales, técnicos y materiales, etc. En Cuba se presentan estos rasgos matizados por la ciencia personalísima de una pléyade de ingenieros militares que aportaron exponentes elevados y singulares de ingeniería militar. Un hecho de importancia es que Cuba

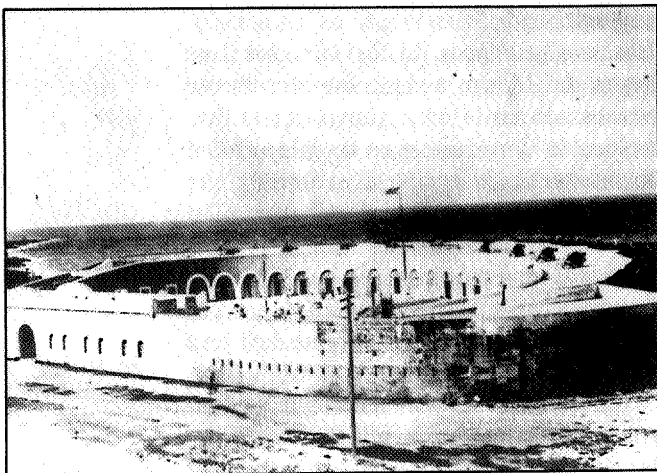
resume las etapas fundamentales del desarrollo histórico de los estilos y tendencias del arte de la fortificación permanente y de campaña desde el siglo XVI hasta finales del XIX. Es obvio que tal desarrollo guarda correspondencia con la evolución de los armamentos y la poliorcética, sin faltar casos de extemporalidad explicables por razones históricas y contextuales.

Las fortificaciones de Cuba tienen manifestaciones tipológicas de muchas de las "trazas" o formas de fortificar y de interpretar los problemas tácticos y estratégicos¹¹. Debido a la imposibilidad de dar a conocer todo el conjunto, referiremos especialmente los ejemplos demostrativos de los diferentes períodos.

A raíz del descubrimiento de la Isla por Colón, en 1492, no se construyeron fortificaciones, pero el Almirante sugirió, en su primer viaje, establecer defensas en el "río de Mares" (Gibara) y en el "Puerto Santo" (Baracoa).

La historia de la arquitectura militar en Cuba comenzó con la construcción de la Fortaleza de San Fernando, entre 1512 y 1513, en la Villa de la Asunción de Baracoa, primera población fundada por españoles en la Isla. Es de presumir que esta inicial defensa, construida por el Adelantado Diego Velázquez, se tratara de una fortificación irregular, tal vez una casa-fuerte, de poca solidez, pues consta que "se cayó" en 1518¹². Esta efímera defensa debió concebirse como base de coacción militar contra la rebeldía aborigen, que fue el papel asignado a las primitivas defensas hispanas al inicio de la conquista de América.

La fortificación de características medievales tuvo una pobre presencia en Cuba. De 1516 data el llamado Fortín del Adelantado,



La Habana. Bateria de La Reina. 1856.

en Santiago de Cuba; en esta ciudad existía una obra de madera y tierra, en 1545. La más importante defensa de este período es la Fortaleza de La Habana, levantada por Francisco Aceituno entre 1539 y 1540 (demolida en 1582), cuya tipología responde a la tradición medieval. Tenía torre de Homenaje cuadrada y almenada, de 10 m. de altura, con fábrica de tapial y esquinas de cantería. Quedaba exenta en el interior de un cuadrado amurallado o barbacana que formaba un pequeño recinto de 44 m. de lado. Esta fue la configuración más común de otros ejemplos contemporáneos de arquitectura bélica medieval erigida en América, como la Torre del Homenaje de Santo Domingo (1505-1507), el torreón de Castellón de Cumaná, Venezuela (1523), la Fuerza Vieja de San Juan de Puerto Rico (1540) y otros. Sitiada y vencida en 1555 por el corsario francés Jacques de Sores, la primera fortaleza habanera revelaría su condición obsoleta ante las nuevas posibilidades del arte militar revolucionado desde fines de la Edad Media por el perfecciona-

miento del arma de fuego.

La nueva fortaleza que restableció la seguridad de La Habana fue el Castillo de la Fuerza, iniciado por el ingeniero Bartolomé Sánchez, en 1558, siguiendo el plano atribuido a Ochoa de Luyando¹³, y culminado en 1577 por el maestro mayor Francisco de Calona, verdadero constructor de la obra. Se trata de la primera fortaleza abaluartada de tipo regular renacentista del Nuevo Mundo. Su figura cuadrangular, con cuatro baluartes regulares en los ángulos y proporcionada disposición de partes, revela su pertenencia a los cánones formales y conceptuales de la fortificación moderna. El empleo de caballeros, terraplenes y casamatas la adscribe a la técnica defensiva más avanzada. La maciza y visible volumetría, más que evocar medievalidad, como se ha inferido, es el tipo de relieve que permite solución de resistencia y condiciones de operatividad artillera y dominación visual. La muralla elevada (no al modo medieval, sino con terraplenes) pertenece de hecho a la transición cualitativa en el diseño defensivo renacentista. Con la fortaleza del Maestro Francisco y La Fuerza se inicia la evolución del sistema de fortificaciones habanero, acrecentado en lo adelante hasta 1898.

Dentro de la misma línea geométrica regular de La Fuerza aparecen otras fortalezas en América: en Cartagena el Castillo Grande de Santa Cruz y el Fuerte de San Luis de Bocachica; San Marcos, en San Agustín de La Florida; San Carlos (Maracaibo) y Santa María (Cumaná), en Venezuela, etc. En Cuba se construye el Castillo de San Severino, en la bahía de Matanzas, planeado en 1681 por el gobernador José Fernández de Córdoba y el ingeniero Juan Síscara, ejecutado en parte por el ingeniero Juan de Herrera y Sotomayor (1693-1699) y terminado en 1734 por los

ingenieros Ignacio Rodríguez y Antonio de Arcedo. En la planimetría también intervino el ingeniero Antonio de Arredondo (1734). Esta fortaleza es fiel testimonio de la técnica defensiva del siglo XVII. De planta cuadrada y cuatro baluartes, lo distingue una plataforma que cubre la totalidad del frente de mar, interesante modalidad de obra exterior que determinará la relevancia artística particular de este castillo. Ulteriormente aparecerán en Matanzas las baterías de frentes curvos: San José o La Vigía (1748), Morrillo (1791) y Cagigal o Peñas Altas (1819).

Después de erigida La Fuerza, el sistema defensivo de La Habana incorporó una variada gama de obras provisorias, ejecutadas para atender situaciones de emergencia (como cuando la amenaza de Drake en 1586): torres, atalayas, trincheras, fuertes pasajeros y la villa es cercada con trincheras atroneras y traveses. A partir de 1587, La Habana es una de las "llaves" beneficiadas por la nueva geopolítica de Felipe II. Por orden de Juan de Texeda se construye la Trinchera de la Punta en 1587. Obras de Bautista Antonelli fueron los fuertes de los Tres Reyes del Morro, de 1589 a 1615¹⁴ y de San Salvador de la Punta, de 1591 a 1593, destinados a proteger áreas de penetración a la ciudad con cobertura de fuegos cruzados sobre la entrada portuaria, en base a una estrategia avanzada extraurbana. Las torres-reductos de Cojimar y La Chorrera, levantados por Juan Bautista Antonelli, en 1643, completarán esta visión espacial extrovertida de la defensa, la que presentará más perfectos desarrollos en 1764-1774 y en 1896, desbordando cada vez más los límites urbanos y de la geografía portuaria.

Con Bautista Antonelli surge una arquitectura militar reelaborada con fórmulas creativas que difieren de los rígidos patrones

tipológicos preconizados por las "escuelas" y "sistemas" europeos. El Fuerte de los Tres Reyes del Morro, aunque intrínsecamente está basado en la traza triangular —la más moldeable al medio—, es un notable ejemplo de interpretación compositiva flexible que origina una configuración poligonal irregular en cuanto a contorno y elevación, resultante de su acoplamiento orgánico a la desigualdad topográfica roqueña que le sirve de asiento; al mismo tiempo, acusa en su Frente de Tierra los atributos formales de la escuela de fortificación italiana purista o renacentista, adoptados por Antonelli de los maestros Tartaglia, De Carpi y Sangallo: flancos cortos retirados, orejones y plazas bajas que en el Morro son acasamatadas¹⁵. Consta de dos medio baluartes irregulares en el frente de campaña, foso cavado parcialmente en la roca, camino cubierto y glacis; los demás frentes son dos baluartillos o traveses, una cortina marítima angulada y baterías en varios niveles, una de ellas casi rasante con el mar: la Plataforma de la Estrella o Batería de los Doce Apóstoles. El frente de tierra tiene de lado exterior 146 varas (122 metros). Por su forma y magnitudes los castillos del Morro de La Habana y de San Juan de Puerto Rico transmiten una diáfana relación de identidad¹⁶.

En La Habana proseguirá el proceso aditivo de defensa con obras menores de refuerzo, concebidas para consolidar el sistema, entre ellas la Trinchera de Valdés (1604), la Batería de la Divina Pastora (1726), los torreones de San Lázaro y Bacuranao, fortzuelos, los torreones de Cojimar y La Chorrera, trincheras, etc. La obra más importante del siglo XVII fue el recinto amurallado de La Habana (1674-1690), iniciado por Juan Síscara y desarrollado por Herrera Sotomayor, Bruno Caballero y Antonio de

Arredondo. Consistía en un polígono irregular de nueve baluartes y un semibaluarte, con murallas de sillería de 10 metros de alto y 2.800 varas de longitud. El perímetro fortificado por mar y tierra alcanzaba 4.892 metros, y resguardaba a 16 mil personas a fines del XVII.

El sistema de defensa de Santiago de Cuba tuvo su origen bajo el peligro holandés, en el segundo cuarto del siglo XVII, cuando La Habana ya contaba con la potente triada abaluartada de La Fuerza, El Morro y La Punta. Procedente de Puerto Rico llegará a la ciudad oriental Juan Bautista Antonelli (hijo del constructor del Morro) para trazar y erigir el Castillo que se llamará San Pedro de la Roca del Morro, emplazado en la boca de la bahía sobre una altura escarpada de unos 64 metros. De 1639 a 1643 data la fábrica de esta fortaleza, pero será reconfigurada y ampliada en 1691 y en 1771-1777. El maestro arquitecto santiaguero Francisco Pérez aportará la traza definitiva. La integración al medio y la organización de los componentes tácticos, se traducen en un esquema irregular formulado sobre base triangular, con dos baluartes irregulares y seis baterías en anfiteatro que se declinan hacia la punta o morrillo en la embocadura de la bahía (actual emplazamiento de la Batería del Morrillo). La magnitud de su lado exterior es de 53,5 metros. Sus imponentes murallas, destacadas sobre altos riscos, singularizan una imagen medieval corrientemente señalada a este expresivo castillo.

Por recomendación de la Corona¹⁷, el sistema defensivo de Santiago de Cuba se estructura hacia el interior de la bahía en la segunda mitad del XVII. Después del ataque inglés de 1662, se construyeron el Fuerte Real o Fuerte de San Francisco (1668), en el interior de la población, y las baterías de La Estrella

y de Santa Catalina (1669), realizadas según los planos de Juan Siscara, el mismo que asumiera en 1674 la dirección de las obras del amurallamiento habanero. El Fuerte de San Francisco fue la única obra abaluartada de importancia construida en Santiago, aparte del Morro, de la que quedan pocos vestigios arqueológicos. Su planta era de contorno irregular sobre la figura de un paralelogramo, dotada de tres baluartes y dos medios baluartes. Recibió reformas en 1684 y 1733.

De interés planigráfico y técnico es la Batería de la Estrella, de traza poligonal irregular, con un frente de tierra configurando parcialmente un diseño estelar incompleto, llamado "vigía de tierra", que bien podría sugerir una solución atenazada con redientes. Su planta recuerda levemente a la Batería de San José, de Cartagena de Indias, que construyera Herrera y Sotomayor entre 1714 y 1725. El desarrollo de la fortificación santiaguera era de 142 metros.

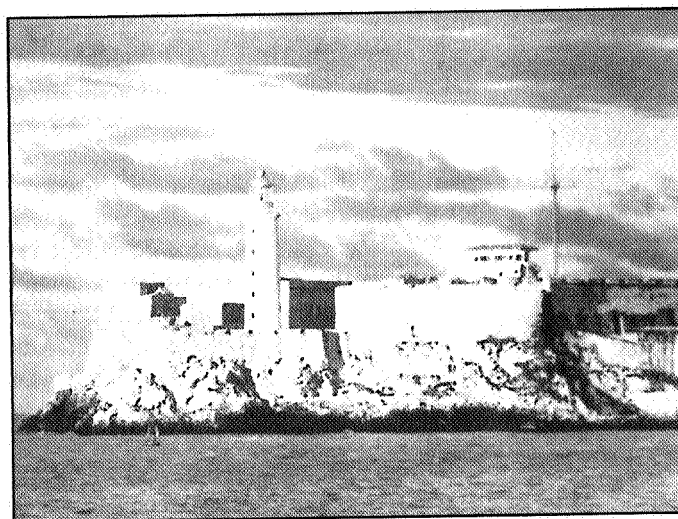
Fuera de la bahía, en el Este costanero se edifican: el Fuerte de Aguadores (1661), Fuerte Santiago o de Juaraguacito (1748), y los fuertes de Juraguá—"una estrella de mampostería"— (c. 1752), Sardinero (c. 1762) y Dajaguayabo (de antes de 1770). Al Oeste surgen la Batería de Cabañas (c. 1740) y las trincheras de estacada y tierra de las tres playas llamadas Guaicabones (c. 1739-1741); la Batería de Someruelos (1802), la de Sardinero (1810) y la de Punta Blanca (1845), esta última con "figura de arco carpanel". En todas estas fortificaciones predominará la traza irregular (línea de parapeto en ángulos desiguales entrantes y salientes). De 1868 a 1898, Santiago de Cuba es fortificada por mar y tierra con obras de campaña y baterías improvisadas.

De 1739 a 1742, la ciudad marítima de

Baracoa dispone de las siguientes fortificaciones de tipo batería: la de Majana, la de El Castillo o Seboruco, Fuerte Matachín, La Punta, con un frente "de herradura" (semicircular) y otra batería, que es mencionada "más abajo de la Casa de la Pólvara", en 1757¹⁸.

Como ya se refirió, durante el siglo XVIII y todo el XIX proliferaron las baterías de costa. Sólo en La Habana, después de 1762, aparecen obras permanentes abaluartadas. El denominado Castillo de Nuestra Señora de los Angeles de Jagua, construido por José Tantete, entre 1733 y 1745, en el acceso a la bahía de Jagua, en Cienfuegos, al sur de Cuba, no es otra cosa que una batería de gran porte con estampa de fuerte o castillo, no abaluartada, de frente ligeramente semicircular (batería baja) y una batería alta de parapeto recto, cuya traza es un paralelogramo de 40 varas de frente mayor. Es la batería de mayor envergadura construida fuera de La Habana.

Otras baterías dignas de mención son: la de San Pedro (1797) y La Boca (1824), en Trinidad; la de San Miguel o de Zaza (c. 1835). En Camagüey, la Batería de San Hilario, obra de Anastasio de Arango, de 1818 (con un torreón circular incorporado en 1824). En Manzanillo, la Batería de la Concepción, semicircular, levantada por José Balcourt en 1826 para reemplazar otra que existía desde 1797. En Gibara, la Batería de Fernando VII, trazada y ejecutada por Juan Pío de la Cruz, en 1817-1818. De 1827 es el fuerte o batería de Saetía, en la bahía de Nipe. En Guantánamo: la Batería de la Angostura o Fuerte Toro, poligonal, de 1847-1848, construida por Andrés López de Vega. En Pinar del Río: el Castillo de San Fernando en Bahía Honda, que es una batería semicircular de alas terraplenadas (1818-1830), debida a



*La Habana. Forte de los Tres Reyes del Morro.
Juan Bautista Antonelli.*

Antonio María de la Torre. La Batería de San Elías, en el puerto del Mariel, semicircular, de 1825. La Batería La Reina Amalia, en el puerto de Cabañas, semicircular, realizada por Manuel Pastor en 1826. Al sur de La Habana se ejecuta la Batería del surgidero de Batabanó, en 1730, reedificada entre 1771-1777. Al norte de esta provincia, en la desembocadura del río Jaruco, el marqués de Arcos levantó un torreón circular, en 1797; hacia 1823 existía una batería de parapeto recto, y en 1826 se construye la Batería de San Dionisio¹⁹. Proyectada por Manuel Pastor, en forma de "media luna", con espaldón y el antiguo torreón en su interior, gola con muro aspillero formando línea de redientes, se asemeja a la Batería del Mariel, esta última con el torreón separado.

En este período siguen apareciendo en los litorales baterías, trincheras y torreones de menor importancia, así como torreones, casas-fuertes, cuarteles fortificados y baterías

en el interior de la Isla, pero en cantidades reducidas. En las poblaciones interiores la construcción militar más extendida es el cuartel. Respecto a las trazas de las baterías, son básicamente irregulares debido al aprovechamiento táctico que se hace del terreno. En el siglo XIX se adopta con mayor frecuencia la figura semicircular, llamada también "de herradura", circular o curva, la más apropiada para obtener plantas cercanas a lo regular y comodidad de tiros como lo requerían las máximas. Las baterías más antiguas presentan trazados irregulares. Las baterías cerradas por la gola forman polígonos convexos, cóncavos y curvilíneos; hay pocas obras de parapetos rectilíneos.

Entre 1764 y 1780 La Habana alcanzó la grandiosidad de una plaza fuerte intomable, la más fuerte y moderna del Caribe, con el propósito de hacer irrepetibles hechos como la toma de la ciudad por los ingleses en 1762. El proyecto defensivo es concebido por el Brigadier e Ingeniero Director Silvestre Abarca, a instancias de Alejandro O'Reilly y del gobernador Conde de Riela. Se trata de un desarrollo de defensa externa basada en la interacción de fuertes destacados construidos en puntos prominentes de la topografía extramural. Esta es la etapa de mayor esplendor de la fortificación abaluartada en Cuba.

El Castillo del Morro es reconstruido y conectado mediante un camino cubierto con la más grande fortaleza de Cuba y probablemente de América, exceptuando los recintos reales: el Fuerte San Carlos de la Cabaña, trazado y levantado por Silvestre Abarca entre 1763 y 1774, admirable ejemplo de la figura denominada Corona u Hornabeque doble, revelada en los tratados, única obra de su tipo construida en los dominios españoles de América. Rasgos del trazado y magnitudes

revelan la aplicación de Vauban; se compone de dos medios baluartes, un baluarte central, tenazas, lunetos, foso, camino cubierto y glasis, además de numerosos edificios militares y capilla. Su mayor extensión es de 701 metros, con un ancho de 234 metros. Asimismo se considera la obra cumbre del barroco militar cubano.

Realizado con los planos de Agustín Crame, ingeniero en jefe, se edifica el Castillo de Atarés, entre 1763 y 1767, con figura de polígono hexagonal, sin baluartes. Su gran estructura resaltando sobre el empinado emplazamiento de la Loma de Manuel González o de Soto, en el fondo de la bahía, lo hace parecer un castillo, pero en realidad se trata de una batería, según la nomenclatura técnica.

La loma de Aróstegui, al oeste del recinto, es el asiento del Fuerte Príncipe, otra de las grandes fortalezas caribeñas, realizada por el coronel ingeniero en Jefe Luis Huet, entre 1776 y 1780. La traza es el "polígono pentagonal", adoptada por Huet en la Real y Militar Academia de Matemáticas de Barcelona, pero reconfigurada en el medio; con dos baluartes, dos mediobaluartes, plaza de armas, foso con caponera real y galerías de mina. También Huet es el autor de obras como la Batería del Rey, Batería y Cuartel de Cojímar y del reducto de la gola del fuerte San Diego, todas ellas planeadas en 1780. En 1779 proyecta el Fuerte San Diego Número 4, con figura de clásico hornabeque sencillo compuesto de dos medios baluartes y un revellín frente a la cortina.

La dinámica y solidez del sistema habanero de defensa se consolida a finales del XVIII con nuevas obras auspiciadas por el Conde de Santa Clara. Es perfeccionado el recinto con un camino cubierto y foso más profundo, realizados por Cayetano Paveto en 1797; y en este año se empieza a construir la Batería de

San Clara, proyectada por Paveto y Francisco Vambitelli, obra que al terminarse en 1799 constituyó la más importante posición estratégica del frente marítimo de Sotavento.

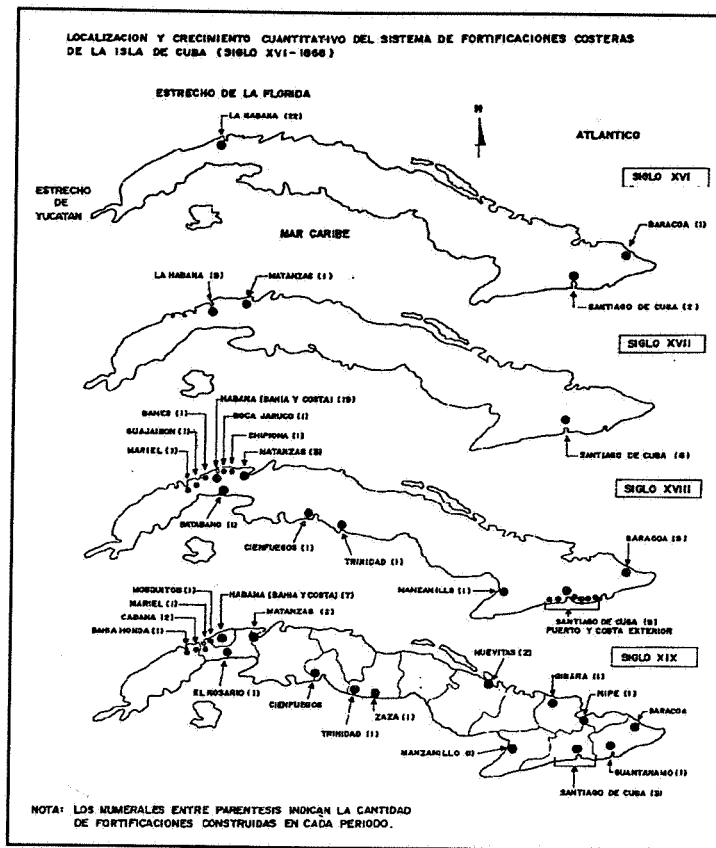
En los años 1855-1860 se produce una renovación estratégica de La Habana para potenciar el sistema defensivo y adaptarlo a la guerra moderna. De hecho, los sistemas abaluartados han perdido eficacia y las nuevas fortificaciones serán baterías y trazados poligonales. La real orden de 12 de diciembre de 1855 aprobando el proyecto de refortificación de la plaza, replanteado en 1863, no cristalizó y del mismo sólo se llegan a realizar la Batería acasamatada de la Reina (1856-1861), obra de Juan Álvarez de Sotomayor, Francisco J. de Zaragoza y Manuel Portillo; el Fuerte de Las Ánimas, en construcción desde 1861 conforme al plan de Juan Ramón Carbonell; y la Batería de Velasco, colateral al castillo del Morro, edificada entre 1855 y 1860 por Juan Bautista Orduña, a partir de una idea de Juan Álvarez de Sotomayor. El Fuerte de las Ánimas es demostrativo de las tipologías modernas de la época relacionadas con el trazado poligonal y los diseños aparecidos en Europa entre 1855 y 1870, cuando los postulados de Carnot, Choumara y Haxo tenían una aceptación general. Está formado por un recinto circular acasamatado, con cuartel defensivo interior, cubrecaras, caponeras y foso. Puede considerarse una de las obras más interesantes de la arquitectura militar cubana.

Hasta 1896 La Habana no contará con nuevas fortificaciones de costa, pues la estrategia española sólo atiende el teatro bélico interior donde está en proceso la guerra anticolonial de los cubanos y la gran promoción de la arquitectura militar de campaña. Sólo la amenaza de guerra con Estados Uni-

dos reactivará las defensas costeras, y La Habana es convertida, debido al maravilloso proyecto del general José Marv y Mayer, en un ejemplo sorprendente del sistema de campo atrincherado. La mayoría de las obras-baterías estaban "enterradas" o atrincheradas para contrarrestar los tiros de grandes ángulos curvos y la munición de alto explosivo; la estrategia disponía la dispersión y el máximo ocultamiento de las fortificaciones y éstas se caracterizan por nuevos conceptos estructurales: raíles de ferrocarril como vigas de cubiertas planas en combinación con cemento portland y enormes recubrimientos térreos.

El Frente Marítimo alcanzaba 12 km. jalonados de potentes baterías artilladas, de disenos poligonales y relieves apenas resaltados, camufladas con escudos de tierra. Las diferentes líneas defensivas alrededor de la ciudad contaban con atrincheramientos, lunetas, reductos, redientes, etc. Las fincas de la campiña habanera se fortificaron con fortines y blockhaus (línea exterior terrestre). El Frente fortificado terrestre se desarrollaba a lo largo de 25 kms.

De ese formidable conjunto de fortalezas sólo queda la Batería de Costa n 1, al este de la ciudad, único representante en Hispanoamérica de la fortificación prototípica de las últimas décadas del siglo XIX. No es una copia de los modelos preconizados por Brialmont o Von Sauer, aunque posee elementos esenciales del primero. En su configuración y alzado recuerda el fuerte a barbeta de tipo francés que se difundió hacia 1880, inspirado en los preceptos de Brialmont, pero esta batería revela la especificidad proyectual de Marv y el sello constructivo español: inteligente aprovechamiento del medio natural habanero y gran racionalidad táctica y arquitectónica. Su planta es de aspecto



trapezoidal, con parapetos a barbeta, cuarte- ficaciones españolas en Cuba y América.

les y traveses-repues-
tos escondidos tras
una disimulada topo-
grafía y edificios ta-
pados con tierra "a lo
Haxo"; un muro
aspillerado cierra su
gola. Este fuerte-ba-
tería, en su diseño
general y disposición
táctico-defensiva, ti-
pifica la estructura de
todas las obras crea-
das en esta etapa en la
Plaza de La Habana²⁰.
Fue construido en
1897 por los ingenie-
ros comandante José
de Soroa y Sabater y
los capitanes Enrique
Toro y Evaristo
García Eguía, de
acuerdo a los planos
de Marv. Con la Ba-
tera de Costa n 1 se
cierra la evolución
histórica de las forti-

NOTAS

- (1) Severo Gmez Nnuez. *La guerra hispano-americana*. T.3, Madrid, Impr. del Cuerpo de Artillería, 1899-1902, p. 159.
- (2) Ramón Gutiérrez. "La organización de los cuerpos de ingenieros de la Corona y su acción en las obras públicas americanas", en *Puertos y fortificaciones en América y Fili-
pinas. Actas del Seminario 1984*. CEDEX/CEHOPU, Madrid, 1985, p. 66.
- (3) Juan Manuel Zapatero. *Historia de las fortificaciones de Puerto Cabello*. Banco Central de Venezuela, Caracas, 1977, p. XI.
- (4) Irene A. Wright. *Historia documentada de*

- San Cristóbal de la Habana en el siglo XVI*. T. II, La Habana, Impr. "El Siglo XX", 1927, p. 18-19.
- (5) La primera fortaleza de Cuba, fundada por Diego Velázquez, en la villa primada de Baracoa, no incide en la estructuración del sistema defensivo de la Isla en el siglo XVI.
- (6) Juan Manuel Zapatero. *La guerra del Caribe en el siglo XVIII*. Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan, 1978.
- (7) Archivo Nacional de Cuba. *Junta de Fomento*. Libro 162.
- (8) Juan Manuel Zapatero. *La fortificación abaluartada en América*. Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan de Puerto Rico, 1978, p. 115 y 125.
- (9) Aurora Campos y Josefa Valdivia. "El fuerte de la Loma, monumento recobrado", en *Revolución y Cultura*, La Habana, nº 8, agosto de 1989, p. 67-69.
- (10) Juan Manuel Zapatero. *La escuela de fortificación hispanoamericana*. Actas del XXXVI Congreso Internacional de Americanistas, Barcelona, Madrid, Sevilla, 1964.
- (11) *Op. cit.*, p. 58 (nota 8). Ver Manuel Herbella y Pérez. *Manual de construcciones y de fortificación de campaña en Filipinas*. Madrid, Impr. del Memorial de Ingenieros, 1882, p. 295-318.
- (12) Real Academia de la Historia. *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de Ultramar*. Segunda serie, Madrid, Impresores de la Real Casa, 1885, t. 1, p. 30.
- (13) El historiador Pedro A. Herrera afirma que el plano inicial del castillo pertenece realmente a Jerónimo Bustamante de Herrera. Ver su trabajo: *El castillo de la Real Fuerza, expresión de la arquitectura renacentista de La Habana*. Copia en Archivo del Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología, La Habana, 1985.
- (14) Ver de Antonio Ramos Zúñiga. "El Castillo del Morro de La Habana. Ensayo de arqueología histórica". Ciudad de La Habana, 1981. Copia en Archivo del Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología, La Habana.
- (15) *Op. cit.* (nota 8). Sobre los sistemas de fortificación véase: Pedro de Lucuze. *Principios de fortificación*. Barcelona, 1772. Andrés Vallejo. *Curso elemental de fortificación*. Valencia, 1827. Santiago Moreno Tovillas y Manuel Argüelles. *Tratado de fortificación*. Madrid, 1877. Juan Manuel Zapatero: "Síntesis histórica de la fortificación abaluartada". Edic. Asociación Española de Amigos de los Castillos, Madrid, 1963.
- (16) Antonio Ramos Zúñiga "Tres ejemplos de fortificación caribeña: los castillos del Morro de La Habana, Santiago de Cuba y San Juan de Puerto Rico, en *Santiago*, Revista de la Universidad de Oriente, Santiago de Cuba (en prensa).
- (17) Isabelo Macías Domínguez. *Cuba en la primera mitad del siglo XVII*. Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, Sevilla, 1978, p. 278-279.
- (18) *La visita eclesiástica*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985, p. 123.
- (19) Antonio Ramos Zúñiga. "San Dionisio: un fortín poco conocido", en *Tribuna de La Habana. Suplemento*. Junio 21 de 1981.
- (20) Antonio Ramos Zúñiga. "Un monumento olvidado: el fortín nº 1 de La Habana del Este", en *Revolución y Cultura*, La Habana, nº 102, febrero de 1981.